

# EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECE LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, HERNÁN CORTÉS, 8, PRAL.  
Horas de oficina: de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas y de los corresponsales del periódico, ó dirigiéndose directamente al administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Juan José Morato.

Causas ajenas á nuestra voluntad nos impiden dar en este número los retratos de los héroes y mártires de la *Commune*.

Los daremos en el correspondiente al aniversario de la *Semana sangrienta*.

## PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

Trabajadores:

El viernes 22 del corriente, á las ocho y media de la noche, se celebrará una reunión pública en la calle de Atocha, núm. 68 (Liceo Rius), para conmemorar el XXIV aniversario de la proclamación de la *Commune* de París y tributar un recuerdo de admiración al eminente socialista Carlos Marx, fallecido hace doce años.

Madrid, 19 de marzo de 1895.—Por el Comité Local, V. DIEGO ABASCAL, secretario.

## LA COMMUNE

A medida que pasan los años, el hecho glorioso de la proclamación de la *Commune* adquiere más relieve para los obreros y cuenta con mayor número de admiradores y partidarios.

¿Por qué sucede esto?

Porque á más de que el tiempo transcurrido ha permitido apreciar mejor el valor y la importancia de aquella memorable jornada, que de modo tan patente hizo ver lo irreconciliables que son los intereses de la clase explotadora ó dominante con los de la clase oprimida ó explotada, cuantos la ensalzan y defienden hállanse persuadidos de que se aproxima la hora de implantar en el mundo las soluciones salvadoras que la *Commune* de París hubiera adoptado de no haber sido vencida por los infames sicarios de la burguesía francesa.

Celebra hoy, pues, el proletariado consciente universal, de una parte el gigantesco paso que dió el pueblo obrero de París el 18 de marzo de 1871 al constituirse en Poder y tratar de regir sus propios destinos, y de otra su próxima victoria, proclamada solemnemente por los constantes y asombrosos progresos del Socialismo revolucionario.

Al conmemorar lo uno recuerda con orgullo la honradez, la generosidad, la grandeza y el heroísmo de los hombres de la *Commune*, y condena duramente la traición, la cobardía y la crueldad de sus vencedores.

Al celebrar lo otro pone de manifiesto la distancia recorrida en los veinticuatro años que han pasado desde que se insurreccionó el pueblo parisiense hasta ahora, y hace constar cuánto ha decaído moral y materialmente la clase capitalista, y cuánto ha aumentado la unión, la capacidad y la fuerza de la clase trabajadora.

La *Commune*, arrojando de París con su sola proclamación todo lo corrompido, todo lo bajo, todo lo inmoral y todo lo ruin, anunciaba al mundo que el reinado del trabajo es incompatible con toda corrupción y todo vicio.

La *Commune*, derribando la columna de Vendôme y admitiendo en su seno al húngaro Leo Frankel y á su servicio al italiano La Cecilia y á los polacos Dombrowski y Vroblewski, demostraba con hermosos hechos que la victoria del proletariado significará la paz y la fraternidad entre todos los hombres.

La *Commune*, retribuyendo modestamente á sus altos empleados, acreditaba que la sociedad con que los productores reemplazarán el régimen capitalista no establecerá distinciones irritantes, sino que facilitará á todos medios de vida.

La *Commune*, poniendo bajo su amparo á las viudas y los huérfanos de los que, por defenderla, perdían la vida, declaraba que en la sociedad que organizará el proletariado serán atendidos y cuidados los que, por cualquier motivo, estén impedidos para trabajar.

La *Commune*, mostrándose generosa, demasiado generosa, con sus enemigos, revelaba que la Revolución proletaria, por violenta que la obligue á ser la

resistencia de los privilegiados, no revestirá caracteres sanguinarios.

La *Commune*, por la extremada honradez con que procedieron los hombres de ella que tenían fondos á su cargo, decía lo que será la administración pública cuando la burguesía no exista.

La *Commune*, por la manera heroica como murieron muchos de sus hombres, hacía ver á amigos y enemigos que una causa por la que así se muere tiene que triunfar irremisiblemente.

Por el contrario, el que se fuera á Versalles con la Asamblea burguesa lo que París tenía de más hediondo y repugnante; la cobarde huida de la capital de Francia de los hombres, tanto civiles como militares, que representaban á la burguesía; las traiciones y vilezas cometidas por los mismos para entrar en ella de nuevo; las salvajadas y asesinatos que, por recomendación de los jefes, realizaron los soldados, no ya con los defensores de la *Commune*, sino con las mujeres, los ancianos y los niños que simpatizaban con ella; las innumerables deportaciones que se verificaron después; los muchos millones que más tarde se arrancaron á la nación so pretexto de indemnizar á los que con más maldad habían combatido á los comunistas, pusieron al desnudo la corrupción y la decadencia de la clase dominante, y, por lo mismo, su próximo hundimiento.

Y así como á los hechos grandiosos realizados por la *Commune* de París ha correspondido la conducta del proletariado, no ya de Francia, sino de todos los pueblos que figuran como civilizados, así también á los actos inicuos y abyectos de la clase que dió muerte á la *Commune* ha correspondido el proceder de la burguesía internacional.

¿Qué historia es la de aquélla desde la caída de la *Commune* hasta ahora? Una historia de latrocinios, de inmoralidades, de cobardías y de infamias.

No hay burguesía de nación alguna sin su correspondiente Panamá, sin su *chantage*, sin sus quiebras escandalosas, sin que haya hecho de la mayor parte de sus hombres políticos miserables mercaderes capaces de venderlo todo. Esta historia no la hemos escrito los que somos sus enemigos, los socialistas, no; la ha escrito la misma Prensa burguesa.

En cambio, ¿qué ha hecho el proletariado desde que la *Commune* de París fué ahogada en sangre y expatriados los bravos defensores de ella que quedaron con vida? Pues instruirse, educarse, organizar sus fuerzas, crear una sólida disciplina y principalmente hacer efectiva é indestructible la solidaridad internacional entre todos los suyos. Inspirándose en cuanto grande hizo aquélla, ha trabajado con tantos bríos, tanta perseverancia y tanta abnegación, que hoy millones de sus individuos tienen por enseña la bandera roja y prepáranse para dar el asalto definitivo á la resquebrajada fortaleza que defiende los privilegios de la clase improductiva.

Tal es el ajuste de cuentas que podemos hacer á los veinticuatro años de haberse levantado el pueblo obrero de París en defensa de condiciones sociales que le permitieran llegar pronto, en unión de todos los productores, á la emancipación de su clase.

De que no estamos equivocados, de que hemos apuntado con exactitud y escrupulosidad las partidas que corresponden al pasivo de la clase explotadora y las que pertenecen al activo de la clase obrera, lo dirán los hechos antes de pocos años.

El pasado crispáronse los nervios á los representantes de la burguesía francesa al oír gritar en la Cámara á los diputados socialistas: ¡Viva la *Commune*!

Prepárense esos representantes y la burguesía toda á oír en breve, y no en el Parlamento á los diputados, sino en la calle á las masas obreras que vayan á conquistar el revolucionariamente Poder, además del significativo grito de: ¡Viva la *Commune*! estos otros más significativos todavía:

¡A bajo el capitalismo!  
¡Viva la Revolución social!

## CARLOS MARX

A la par que consagramos hoy un grato recuerdo á los que el 18 de marzo de 1871 ahuyentaron de la capital de Francia el Poder burgués y se propusieron recorrer la primera etapa de la regeneración de los desposeídos, debemos rendir un tributo de admiración y cariño al gran maestro, al hombre admirable que

hizo la mejor defensa de la *Commune* y de sus hombres, y que dedicó toda su actividad, toda su energía y la extraordinaria inteligencia de que estaba dotado á combatir el despiadado capitalismo y á señalar á la clase trabajadora el camino que ha de recorrer para redimirse y redimir al propio tiempo á la Humanidad entera.

Doce años ha hecho el 14 de este mes que hemos perdido á Carlos Marx, y su recuerdo, lejos de borrarse de la memoria de los que peleamos por el triunfo de las ideas que él predicó, grábese en ella cada vez con más fuerza.

Y es natural que así ocurra.

Si mucho apreciábamos antes de su muerte y á raíz de ella sus asombrosas cualidades, su gran desinterés y la soberbia labor intelectual que á favor de los oprimidos realizó, hoy, que el tiempo pasado nos ha hecho juzgarlos mejor, tanto por el simple examen como por los resultados que han producido, todo ello se agiganta á nuestra vista, y no es ya cariño ni consideración, sino culto, verdadero culto, lo que por Carlos Marx sentimos.

Y este culto no le sentimos solamente nosotros, los que mucho antes de que él muriese le teníamos ya por inspirador y maestro, sino que le sienten millones de trabajadores que, después de su fallecimiento, han abrazado las redentoras doctrinas por él defendidas.

Sus enemigos, los defensores del capitalismo, los que en vida le calumniaron y aborrecieron, tienen que reconocer hoy su inmenso talento y la preponderancia, á nada comparable, de sus irrefutables principios, no ya sobre la masa productora ávida de instruirse, sino sobre los hombres científicos independientes que se dedican al estudio de la Sociología.

¿Cuánto le debe el Progreso!

Su criterio materialista de la Historia ha arrojado tales torrentes de luz sobre el desenvolvimiento de la Humanidad, que han hecho imposible la existencia de antiguos y graves errores acerca de particular tan interesante.

Su fina crítica, penetrando en las entrañas de la sociedad burguesa ó capitalista, ha puesto al desnudo las contradicciones que gastan la vida de ésta y su término fatal en breve plazo.

Sus sublimes postulados, iluminando la conciencia de los siervos del capitalismo—de los trabajadores—, ha hecho que éstos se dispongan á cumplir su misión histórica aboliendo las clases sociales y poniendo á todos los hombres en situación de disponer del fruto de su trabajo y de ser dueños de todas sus acciones.

Sus sabios consejos y sus atinadas indicaciones han influido de tal manera en las huestes proletarias, que éstas no corren ya riesgo de apartarse del camino que las conduce á su emancipación y marchan por él seguras de llegar pronto á la ansiada meta.

¡Imposible, imposible olvidar á quien tanto ha trabajado por la redención de la Humanidad!

¡Imposible, imposible dejar de querer á quien tanto ha hecho por la emancipación de los explotados!

Aunque Marx no tenga existencia corpórea, Marx no ha muerto para los hombres que aman el bien de sus semejantes, y menos para los obreros que luchan por acabar con la esclavitud económica de su clase. En el corazón de unos y de otros vivirá perpetuamente el insigne fundador de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

## ALGUNOS HECHOS

DE LA REVOLUCIÓN PARISIENSE

EL 18 DE MARZO

Al plebiscito rural, la Milicia nacional parisiense había contestado con la Federación; á las amenazas de los monárquicos, con las manifestaciones de la Bastilla; al proyecto de descapitalización, al nombramiento de Aurelles contestó con la constitución definitiva de un Comité Central. Este fué elegido el 15 en asamblea general, donde se hallaban representados 215 batallones. Garibaldi fué aclamado general en jefe de la Milicia nacional; proclamándose después los nombres de los que debían componer en lo sucesivo el Comité Central, que eran treinta y tantos, pues varios distritos no habían votado todavía. Muchos de los nuevamente elegidos procedían de la antigua Comisión; los demás pertenecían igualmente á la clase media y á la clase trabajadora y eran conocidos tan sólo de sus ba-

tallones. Tal fué el Comité Central definitivo, el que tomaría posesión del Hotel de Ville.

Todo el mundo estaba en la incertidumbre de lo que iba a suceder. Las Secciones de la Internacional convocaron a los diputados socialistas para preguntarles: «¿Qué debemos hacer?» Pero nadie formuló ni indicó siquiera la idea de un ataque. El Comité Central declaró formalmente que el primer disparo no saldría del pueblo, el cual se defendería solamente en caso de agresión.

El agresor llegó a París el 15: era M. Thiers, quien de mucho tiempo atrás tenía previsto que habría que reñir una terrible batalla en las calles de París. Pero se proponía obrar en tiempo oportuno y apoderarse insensiblemente de la ciudad con 40.000 hombres, bien escogidos y aislados de los parisienses (plan que fué revelado más tarde por un oficial general). En aquel momento sólo disponía de un resto de ejército, y éste casi desorganizado. En realidad, el 17 el Gobierno no tenía a su disposición más de 25.000 hombres sin cohesión, sin disciplina, y cuyas tres cuartas partes fraternizaban ya con el pueblo.

El 18 de marzo, a las tres de la mañana, varias columnas emprendieron la marcha en distintas direcciones hacia Belleville, faubourg del Temple, la Bastilla, Hotel de Ville, plaza de San Miguel, Luxemburgo y los Inválidos. El general Susbille marchaba sobre Montmartre con dos brigadas, compuestas en junto de unos 6.000 hombres. La ciudad estaba silenciosa y desierta. La brigada mandada por el general Paturel ocupó, sin disparar un tiro, el molino de la Galette, uno de los puntos más elevados de Montmartre. La brigada a las órdenes de Lecompte llegó a la torre de Solferino y no encontró más que un centinela, Turpin, que quiso defender su puesto; pero los gendarmes lo desarmaron, corrieron al cuerpo de guardia de la calle de Rosiers, lo sorprendieron y encerraron a los guardias nacionales en los sótanos de la torre de Solferino.

A las seis de la mañana la sorpresa era completa. Clemenceau, el jefe de los radicales de hoy, acudió a felicitar al general Lecompte. En todos los demás puntos, los que guardaban los cañones fueron igualmente sorprendidos. El Gobierno triunfaba en toda la línea, y de Aurelles de Paladine envió a los periódicos una proclama de vencedor. No faltaban más que los caballos para hacer la mudanza de tan gloriosa conquista. Vinoy los había olvidado ó poco menos. A las ocho solamente se empezó a arrastrar algunas piezas.

Durante este tiempo los barrios se despertaban. Se abrían las tiendas matinales. Delante de las tabernas se hablaba en voz baja, se señalaban los soldados, las ametralladoras en batería contra las calles populares, y en las paredes un cartel, todavía húmedo, firmado por Thiers y sus ministros, donde se hablaba del comercio paralizado, de los pedidos en suspenso, de los capitales retraídos, y que terminaba con esta frase del 2 de diciembre: «Los culpables serán entregados a la justicia. Es necesario que renazca el orden completo, inmediato, inalterable...» Se hablaba de orden; la sangre iba a correr.

El general Paturel, que quería acarrear los cañones tomados en el molino de la Galette, se vió atajado en la calle Lepia por una barricada viviente. El pueblo detuvo los caballos, cortó las correas, fraternizó con los artilleros y se llevó los cañones a sus antiguas baterías. En la plaza de Pigalle, el general Susbille mandó cargar al pueblo, que se había agrupado en la calle de Houdon. Los húsares, intimidados, marchaban a reculones, provocando la risa. Un capitán se adelanta, sable en mano, hiere a un guardia nacional y cae acribillado a balazos. El general huye. Los gendarmes, que abren el fuego detrás de unas barracas, no tardan en ser desalojados. El grueso de la tropa se pasa al pueblo.

En Belleville, en las alturas de Chaumont, en el Luxemburgo, los soldados fraternizan con la muchedumbre, que había acudido desde la primera hora.

A las once de la mañana el pueblo había vencido la agresión en todos los puntos, conservado casi todos sus cañones y ganado millares de fusiles. Todos sus batallones estaban ya formados.

#### PROCLAMACIÓN DE LA COMMUNE

El domingo, 26 de marzo, fué un día de gozo, un hermoso día de sol. París respiraba dichoso, como se respira al salir de las tinieblas ó de un gran peligro. En Versalles las calles ofrecían siniestro aspecto; los gendarmes ocupaban la estación y exigían brutalmente los pasaportes, confiscando todos los periódicos de París. En París se entraba con entera libertad; las calles estaban llenas de gente; los cafés de bote en bote. El mismo muchacho pregonaba el *Paris Journal*—diario furiosamente reaccionario—y *La Commune*. Los escritos que atacaban el Hotel de Ville y las protestas de algunos obcecados se leían en las paredes junto a los carteles del Comité Central. La cólera del pueblo había pasado al cesar el peligro. La papeleta de voto había reemplazado al chassepot.

Según decreto del Comité Central, había que elegir un consejero municipal por cada 20.000 habitantes y por fracción de 10.000, ó sea un total de noventa concejales. Las elecciones debían verificarse con las cédulas de febrero y según el sistema ordinario; pero el Comité había manifestado el deseo de que, para el porvenir, la votación nominal fuese considerada como la única digna de los principios democráticos. Todos los barrios populares lo entendieron así y votaron a papeleta desplegada. Los electores del barrio de San Antonio, formados en columnas, con la bandera roja al fren-

te y las papeletas abiertas en los sombreros, desfilaron por delante de la columna de la Bastilla, y en el mismo orden fueron a las secciones donde se votaba.

La adhesión y la convocatoria de los alcaldes habían hecho desaparecer todos los escrúpulos de los barrios burgueses, que tomaron parte en la votación. Las elecciones eran, pues, legales, desde el punto de vista gubernamental, en el momento en que los apoderados del Gobierno las habían autorizado. Doscientos ochenta y siete mil electores votaron, muchos más, relativamente, que en las elecciones de febrero, pues desde el levantamiento del sitio, todas las personas que tenían algunos recursos habían ido a reponerse en provincias.

El acto no pudo ser más libre ni sincero. No hubo en las cercanías de las salas de votación ni policía ni conciliábulos. La libertad fué tan absoluta, que no hubo en todo París ni una protesta; lo que no impidió a Thiers telegrafiar a los departamentos: «Las elecciones se harán hoy sin libertad ni autoridad moral.»

Hasta los periódicos moderados tributaron elogios al artículo del *Diario Oficial*, en que el delegado Longuet exponía la misión de la futura Asamblea municipal:

«Ante todo, deberá definir su mandato, especificar sus atribuciones... Hecho esto, deberá buscar los medios más conducentes a obtener que el Poder central reconozca y garantice este estatuto de la autonomía municipal.» Tanta moderación, ó, mejor dicho, tan completa abdicación del nuevo Poder revolucionario ante un Gobierno implacable y enemigo declarado del pueblo, contrastaba con la cólera violenta de Versalles. Aquel mismo día, Thiers gritaba desde la tribuna: «No; la Francia no permitirá que triunfen en su seno los miserables que quisieran cubrirla de sangre.»

Al día siguiente 200.000 miserables acudieron al Hotel de Ville para instalar a sus electos. Los batallones, tambor batiente, con la bandera coronada del gorro frigio y el fleco rojo en el fusil, confundidos con los soldados de línea, artilleros y marinos fieles a París, descendieron por todas las calles a la plaza de Grève, como los mil arroyos de un caudaloso río. En medio del Hotel de Ville, delante de la parte central, se había erigido un inmenso tablado, ornado por inmensas banderolas rojas. Cien batallones ocupan la vasta plaza y forman delante del Hotel de Ville sus bayonetas, que relucen al sol. Otros batallones, que no han podido penetrar en la plaza, se extienden a lo lejos hasta los bulevares. Las banderas están agrupadas delante del tablado, algunas de ellas tricolores, pero todas ellas con corbatas rojas, simbolizando el advenimiento del pueblo. Mientras que la Milicia ocupaba la plaza, las músicas tocaban la *Marsellesa* y el cañón de la antigua *Commune* tronaba en el muelle.

De repente cesó aquel ruido atronador y reinó un silencio absoluto. Los individuos del Comité Central y de la *Commune*, ceñidos de sendas bandas rojas, se presentaron en el tablado. Rancvier pronunció las siguientes palabras:

«El Comité Central entrega sus poderes a la *Commune*. Ciudadanos, mi corazón está demasiado henchido de alegría para pronunciar un discurso. Permittedme tan sólo que glorifique al pueblo de París por el gran ejemplo que ha dado al mundo.»

Un individuo del Comité proclamó los nombres de los electos. Los tambores tocaron a generala, y las músicas y doscientas mil voces entonaron la *Marsellesa*, sin querer oír más discursos.

Rancvier pudo difícilmente, en un momento de calma, pronunciar la fórmula solemne: «En nombre del pueblo, proclamo la *Commune*.»

Un solo grito respondió, salido de doscientos mil pechos: «¡Viva la *Commune*!» Los kepis danzan al extremo de las bayonetas, las banderas azotan el aire. En los balcones, en los tejados, millares de manos agitan otros tantos pañuelos. El ronco son, no interrumpido, de los cañones, las músicas y las trompetas, forman una sola y atronadora vibración. Todos los ojos brillan arrasados de lágrimas. Desde la gran Federación del año 90, el corazón de París no había palpitado tan violentamente.

#### DERRIBO DE LA COLUMNA DE VENDOME

Todos los esfuerzos hechos para impedir el derribo, para distraer a los obreros, habían sido vanos. A las dos de la tarde del día 16 de abril, una muchedumbre inmensa llenaba todas las calles que desembocaban en la plaza de Vendôme, muchedumbre un poco inquieta por el resultado de la operación. Los reaccionarios pronosticaron todo género de catástrofes. El ingeniero encargado del derribo afirmaba que no habría choque, que la columna se quebraría en el aire, a cuyo fin la había aserrado horizontalmente un poco más arriba del pedestal. Una cortadura en forma de bisel debía facilitar la caída hacia atrás sobre un vasto lecho de haces de leña, arena y estiércol, acumulado en el eje de la calle de la Paix.

Un cable, atado en la cúspide a la columna, se enrollaba a un cabrestante fijado en la entrada de la calle. La plaza se hallaba ocupada en parte por milicianos nacionales y curiosos. A falta de Julio Simón y de Julio Ferry, que en otro tiempo fueron partidarios entusiastas del derribo, Glais-Bizoin vino a felicitar a Ferré, que acababa de reemplazar a Courmet en el cargo de prefecto de Policía, y le declaró que su más ardiente deseo, hacia cuarenta años, era ver derribar aquel monumento expiatorio.

Las músicas tocaron la *Marsellesa*; el cabrestante empezó a virar, pero la polea se rompió y un hombre fué herido. Rumores de traición circulaban ya, cuan-

do una segunda polea fué instalada. A las cinco y cuarto un oficial se presentó en la balaustrada, agitó por espacio de algún tiempo una bandera y la ató a la verja. A las cinco y media el cabrestante viró de nuevo; algunos minutos después la extremidad de la columna se movió lentamente; el cuerpo de la misma se inclinó poco a poco, y luego, bruscamente, se rompió en el aire con zigzags de centella y derrumbóse lanzando un sordo gemido.

La cabeza de Bonaparte rodó por el suelo, y su brazo parricida quedó separado del tronco. Una inmensa aclamación, como de un pueblo libertado, salió de millares de pechos. Saludada de clamores entusiastas, la bandera roja ondeó sobre el pedestal purificado, que aquel día fué convertido en altar del género humano.

#### LA MUERTE DE DELESCLUZE

La plaza del Chateau d'Eau estaba devastada como por un ciclón. Las paredes se grietaban, algunas se hundían, no pudiendo resistir la lluvia de granadas y de bombas. Los leones de la fuente habían sido arrabados y yacían en mil trozos por el suelo. Las llamas salían de veinte edificios. Los árboles habían perdido las hojas, y sus ramas tronchadas pendían como miembros amputados que sostiene todavía un pedazo de carne. La mano invisible de la muerte pasaba sobre cada piedra de la inmensa plaza.

A las siete menos cuarto de este día (25 de abril), Delescluze, Jourde y un centenar de federados salieron de la Alcaldía y se dirigieron al Chateau d'Eau. Delescluze, vestido como de ordinario, sombrero, levita y pantalón negro, faja encarnada poco visible, como la llevaba habitualmente, sin armas y apoyado en su bastón. Aquí cedemos la pluma a un testigo ocular de aquella trágica escena:

«Temiendo algún pánico en el Chateau d'Eau—dice Lissagaray en su *Histoire de la Commune*—, seguimos al delegado. Algunos de nosotros nos detuvimos en la iglesia de San Ambrosio para tomar armas. A poco nos encontramos con un comerciante de Alsacia, que había llegado a París hacía cinco días y que, después de haberse batido contra Versalles, se volvía con la pierna atravesada de un balazo. Más lejos, Lisbonne había venido a caer en la plaza del Chateau d'Eau, como Brunel, y lo llevaban moribundo. Finalmente, Vermorel había sido herido junto a Lisbonne, y sus colegas Theisz y Avrial lo llevaban en unas parihuelas, dejando tras sí un reguero de sangre. Caminábamos a corta distancia de Delescluze. A unos cincuenta metros de la barricada, los federados que lo acompañaban se separaron en dos filas, pues los proyectiles obscurecían literalmente la entrada del bulevard.

«Delescluze siguió la marcha adelante. Vamos a describir la escena que hemos presenciado, y que debe quedar grabada en la memoria de todos. El sol traspone el horizonte. El anciano proscrito, sin mirar si le seguían, se adelantaba al mismo paso, siendo el único ser viviente que se veía en el bulevard. Al llegar a la barricada, tomó a la izquierda y trepó por los adoquines. Por última vez, aquella faz austera, circundada de su barba blanca, se nos apareció dirigida hacia la muerte. De pronto Delescluze desapareció. Acababa de caer muerto sobre la plaza.»

Delescluze no había advertido a nadie, ni aun a sus más íntimos. Silencioso, no teniendo otro confidente que su conciencia severa, se dirigió a la barricada como los antiguos montañeses fueron al patíbulo. La larga jornada de la vida había agotado sus fuerzas; no le quedaba más que un soplo, y lo dió a la causa de la Revolución social. Los versalleses ocultaron su cadáver como se oculta el cuerpo de un delito, pero su memoria quedará grabada en el corazón del pueblo mientras Francia sea la madre patria de la Revolución. No respiró más que por la justicia, que fué su talento, su ciencia, la estrella polar de su vida. Su recompensa fué morir por ella, con las manos libres, a la luz del sol, sin verse afligido por la vista del verdugo.

#### LOS NIÑOS Y LAS MUJERES DE LA COMMUNE

Adivinando ciertamente que el movimiento de la *Commune* era el paso principal para llegar a una sociedad donde el niño fuese amparado y perfectamente atendido, y la mujer emancipada de todas las tiranías que la sociedad burguesa la hace sufrir, millares de niños y gran número de mujeres defendieron la *Commune*.

La abnegación y el valor de los primeros rayó en muchas ocasiones en heroísmo. En las trincheras, en los fuertes y principalmente en el servicio de los cañones, se distinguieron extraordinariamente. En la puerta Maillot algunos artilleros eran niños de 13 y 14 años, que hicieron prodigios de valor en campo raso. Muchos perecieron en las luchas de las calles y 660 fueron presos por las tropas versallesas.

Las mujeres de París no detenían a sus maridos ni los desalentaban; por el contrario, empujábanlos al combate, llevándoles allí la ropa limpia y la comida como a la obra ó al taller. Muchas de ellas no querían volverse, y tomaban un fusil. En la meseta de Chatillon quemaron hasta el último cartucho y fueron los últimos en retirarse. Las cantineras, vestidas sencillamente, no con disfraces, sino de trabajadoras, cayeron

á docenas. El 3 de abril, en Meudon, la del 66.º regimiento, ciudadana Lachaise, permaneció todo el día cuidando los heridos en el campo de batalla, sola, sin médicos.

Del temple de estas trabajadoras puede juzgarse por la siguiente ardiente proclama que un grupo de ellas publicó cuando la lucha era más viva:

#### «A LAS CIUDADANAS DE PARÍS

«París está sitiado; París está bombardeado. Ciudadanas, ¿dónde están nuestros hijos, nuestros hermanos y nuestros esposos? ¿No oís el cañón que truena y la campana que toca á rebato?

«¿A las armas! ¿La patria está en peligro? ¿Quién viene á invadir la Francia? ¿Es otra vez el extranjero? ¿Son esas legiones coligadas de los tiranos de Europa, que degüellan á nuestros hermanos, esperando destruir junto con la gran ciudad hasta el recuerdo de las conquistas inmortales que desde un siglo ha venimos comprando al precio de nuestra sangre y que el mundo llama Libertad, Igualdad y Fraternidad?

«No; esos enemigos, esos asesinos implacables del pueblo y de la libertad son franceses.

«Ese vértigo fratricida que se ha apoderado de la Francia, ese duelo á muerte, es el acto final del eterno antagonismo del derecho y la fuerza, del trabajo y la explotación, del pueblo y sus verdugos.

«Los enemigos que hoy nos acometen son los privilegiados del orden social presente, son todos los que han vivido siempre de nuestro sudor y han engordado con nuestra miseria.

«Han visto al pueblo levantarse y gritar: «No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes! Queremos trabajar, mas para recibir el producto de nuestro trabajo. No queremos amos, no queremos explotadores. El trabajo es el bienestar para todos. Queremos el gobierno del pueblo por el pueblo» —la *Commune*—, vivir libres trabajando ó morir peleando.»

«Y el temor de tener que presentarse ante el tribunal del pueblo ha impulsado á nuestros enemigos á cometer la mayor de las felonías: la guerra civil.

«Ciudadanas de París; descendientes de las mujeres de la gran Revolución, que en nombre del pueblo y de la justicia iban sobre Versalles y traían cautivo á Luis XVI; nosotras, madres, esposas y hermanas de ese pueblo francés, ¿consentiremos por más tiempo que la miseria y la ignorancia conviertan en enemigos á nuestros hijos, y que padre contra hijo, hermano contra hermano, se degüellen á nuestra vista por el capricho de nuestros opresores, que quieren la destrucción de París, después de haberle entregado al extranjero?

«Ciudadanas, ha llegado la hora decisiva. ¿Es preciso que el viejo mundo desaparezca! ¿Queremos ser libres! Y no es Francia sola la que se levanta; todos los pueblos civilizados tienen los ojos puestos en París, aguardando nuestro triunfo para emanciparse á su vez.

«Esa misma Alemania, cuyos ejércitos reales devastaban nuestro país, jurando acabar con sus tendencias democráticas y socialistas, se ve agitada y combatida por el soplo revolucionario. Así es que, desde seis meses ha, se halla en estado de sitio, y sus representantes obreros viven en los calabozos. La Rusia misma no ve sucumbir á sus defensores de la libertad sino para saludar á una nueva generación, dispuesta á su vez para combatir y morir por la República y por la transformación social.

«Irlanda y Polonia, que sólo mueren para resucitar con nueva energía; España é Italia, que recobran su vigor perdido para tomar parte en la lucha internacional de los pueblos; Inglaterra, cuya masa entera, proletaria y asalariada, se vuelve revolucionaria por posición social; Austria, cuyo Gobierno tiene que reprimir las sublevaciones simultáneas de su propio país y de los pueblos eslavos. Este choque perpetuo entre las clases reinantes y el pueblo, ¿no indica que el árbol de la libertad, fecundado por ríos de sangre, ha dado al fin sus frutos?

«Ciudadanas, el guante está arrojado; es preciso vencer ó morir! Las madres y las esposas que dicen: «¿Qué me importa el triunfo de nuestra causa, si he de perder lo que más quiero!», deben persuadirse al fin de que el único medio de salvar á esos seres queridos —el marido que las sostiene, al hijo en quien ponen sus esperanzas— consiste en tomar una parte activa en la lucha empeñada, á fin de que cese pronto, y para siempre, esta guerra fratricida, que sólo puede concluir con el triunfo del pueblo, so pena de renovarse en un porvenir no remoto.

«Desgraciadas de las madres si esta vez también el pueblo sucumbel Sus hijos serán los que paguen la derrota. En cuanto á nuestros hermanos y esposos, tienen jugada la cabeza y la reacción no los perdonará. Clemencia, no la queremos, ni la quieren nuestros enemigos.

«Ciudadanas: resueltas y unidas, velamos por la seguridad de nuestra causa! ¡Preparémonos á defender y á vengar á nuestros hermanos! En las puertas de París, en las barricadas, en los arrabales, en todas partes estemos preparadas en el momento dado á unir nuestros esfuerzos con los suyos. Si los infames que fusilan á los prisioneros y asesinan á nuestros jefes, se atreven á ametrallar á una multitud de mujeres desarmadas, tanto mejor; el grito de horror y de indignación de Francia y del mundo entero acabarán lo que nosotros hayamos intentado. Y si nuestros hermanos

utilizan todos los fusiles y todas las bayonetas, nos quedarán siempre piedras bastantes para anonadar á los traidores!»

### RÉPLICA DIGNA

Habiendo Mad. Luisa Colet dirigido ciertos ataques á los hombres de la *Commune*, la esposa del general La Cecilia, que peleó á favor de la causa del pueblo, le dió la siguiente contestación:

«Señora: He leído en un periódico una carta vuestra sobre los últimos acontecimientos de París.

«Al parecer, tratáis de mostraros imparcial entre la *Commune* y Versalles: esto es hábil; pero si se os examina de cerca, no se tarda en apercibir que vuestra parcialidad está de parte de los pretendidos salvadores del orden.

«¡Ah, señora! Es necesario ser lógico, y sobre todo ser justo. Recordando vuestra larga epístola, veo que os habéis olvidado de indicar en ella los verdaderos culpables de los excesos que echáis en cara á la *Commune* y que habéis descuidado precisar ciertos actos que nos hubieran permitido remontarnos inmediatamente al origen de todo el mal. Permitidme llenar este vacío, voluntario ó involuntario.

«¿Quién ha engañado durante cinco meses á la digna y orgullosa ciudad de París cuando el sitio de los prusianos? Hombres que se sientan en la Asamblea.

«¿Quién ha entregado París á discreción cuando había aún tantos víveres, que la *Commune* ha podido alimentar con ellos durante dos meses á sus soldados? Hombres que se sientan en la Asamblea.

«¿Quién hizo ametrallar el día 22 de enero del presente año á una multitud inocente é indefensa que iba á pedir la destitución de generales fanfarrones é ineptos? Hombres que se sientan en la Asamblea.

«¿Quién tuvo miedo, fué cobarde y no osó instalarse en París para deliberar acerca de la suerte de Francia? ¿Quién provocó al pueblo á sublevarse y trató en medio de las sombras de la noche de quitarle los cañones que él había comprado con el producto de suscripciones patrióticas? Hombres que se sientan en la Asamblea.

«París, descontento, se sublevó y proclamó la *Commune*, Poder nuevo, y sin embargo legal, que se levantaba junto al del 8 de febrero.

«¿Podéis olvidar las causas y no ver más que las consecuencias? ¿Y podéis acusar á las víctimas que quisieron, ante todo, defender sus derechos contra una Asamblea de septuagenarios, que llevaron su idiotismo hasta votar rogativas públicas cuando podían evitarnos, llevando á cabo una conciliación que se les proponía, los horrores de la guerra civil?

«Es justo hacer responsables de actos criminales á los hombres que se batían valerosa y lealmente en favor de la *Commune*, con el convencimiento de que de este modo servían mejor á la República?

«Puesto que confesáis no conocer á los jefes militares de la *Commune*, ¿en qué os fundáis para tacharlos de ineptos, incapaces ó vendidos?

«Ciertamente que no faltaban personas del partido de la *Commune* que le hacían mucho daño con sus violencias; ¿pero es ésa una razón para lanzar el anatema contra todos los que sirvieron aquel partido?

«Justicia ante todo, señora, y sobre todo cuando se quiere escribir la Historia.

«Si el pueblo, si el trabajador explotado por el burgués, no acierta algunas veces con la manera de reclamar lo que es debido, la culpa es del burgués, que le ha mantenido siempre en la ignorancia.

«Habláis del asesinato de Clemente Thomas y de Lecompte; pero este asesinato—nadie lo ignora hoy—fué obra de los soldados de Lecompte.

«Estas ejecuciones fueron sensibles por todos conceptos, puesto que habían de servir de arma á los enemigos de la *Commune*; pero hay que meditar un poco en las causas que las provocaron.

«Disertáis largamente sobre el fusilamiento de los rehenes, cosa también muy sensible, pero olvida usted que este acto se verificó dos días después de la entrada de los versalleses en París, es decir, después que los federados prisioneros habían caído á montones muertos por los bandidos de Versalles.

«Al asesinar así despiadadamente á los soldados de la *Commune*, á soldados sin armas, ¿no se provocaba á los demás á ejercer actos de desesperación, de que se esperaba hacer uso contra ellos? Es una simple pregunta que os hago.

«No porque soy la esposa de un general de la *Commune* protesto contra vuestra carta, sino porque os hacéis eco de las mentiras circuladas por una Prensa procaz.

«Yo, por mi parte, no creí nunca en el triunfo de la *Commune*, siendo, como soy, escéptica por naturaleza cuando se trata de creer que el derecho vencerá á la fuerza.

«He deplorado más que nadie las faltas cometidas, porque presagiaba el fruto que los enemigos de la *Commune* sacarían de ellas; pero hoy, si estoy satisfecha y orgullosa, es porque á pesar del destierro, de la pobreza, de la miseria; á pesar de la pérdida de un hijo, que no pudo soportar la vida errante que me impuso una policía que nos acosaba como á fieras, no obstante ser mi única ocupación velar junto á la cuna de un niño de dos meses; á pesar de los padecimientos indecibles, de las calumnias atroces de que hemos sido

objeto, me es grato pensar que no cambiaría mi suerte por la de la mujer de un general de Versalles.

«Habría demasiada sangre en las manos de mi marido, y prefiero haberle visto á la cabeza de los valientes federados que sucumbían defendiendo el derecho y la justicia, á verle mandando oficiales escapados de Sedan, que, usurpando el oficio de verdugos, rompan las cabezas con las culatas de sus revólvers á hombres desarmados, á mujeres y á niños.

«Volviendo á los rehenes: un crimen no disculpa otro crimen; con todo, ¿no creéis, señora, que la inmensa hecatombe de 15.000 federados compensa suficientemente la vida de 74 curas y gendarmes?

»MARÍA LA CECILIA.

«Ginebra, 23 de julio de 1871.»

### RETRATO DE THIERS

He aquí el que del encarnizado y cobarde enemigo de la *Commune* hizo el inolvidable Marx en el documento *La guerra civil en Francia*, publicado por el Consejo General de la Internacional á poco de ser aquella vencida:

«Thiers, ese espíritu del mal, ha seducido por espacio de medio siglo á la burguesía, á causa de ser la más perfecta representación de su propia clase. Antes de ser hombre de Estado había ya probado sus mentidas dotes como historiador. La crónica de su vida pública es la crónica de las desventuras de Francia. Unido antes de 1830 á los republicanos, faltó á su compromiso en tiempo de Luis Felipe delatando ó haciendo traición á su protector Laffite, congraciándose con el rey, excitando las desenfadadas turbas contra el clero cuando la iglesia de San German l'Auxerrois y el palacio del arzobispo fueron saqueados, y obrando como ministro-espía y carcelero-comadrón de la duquesa de Berri. El asesinato de los republicanos en la calle de Transnonain y las infames leyes de septiembre que le siguieron contra la Prensa y el derecho de reunión, fueron su obra.

«Pocos días antes de la Revolución de febrero (1848), resentido por el largo destierro á que Guizot le había condenado, y percibiendo ya en la atmósfera las señales precursoras de una próxima revolución, Thiers, con ese estilo pseudo-heroico que le ha valido el adecuado nombre de *Mirabeau-mosca*, decía en la Cámara de Diputados:

«Yo soy partidario de la revolución, no sólo en Francia, sino en toda Europa. Deseo ver el Gobierno de la revolución en manos de los moderados...; pero si cayera en las de los exaltados, en las de los radicales, yo no abandonaré por esto mi causa: estaré siempre con la revolución.»

«Vino la Revolución de febrero. El Ministerio Guizot fué reemplazado por el Ministerio Thiers, como este hombrucillo había deseado, y Luis Felipe fué sustituido por la República.

«En los primeros días de la victoria del pueblo, Thiers se ocultó cuidadosamente, olvidando que el desprecio que inspiraba á los trabajadores le ponía á cubierto de sus iras, y continuó alejado de la escena pública hasta los asesinatos de junio, que le abrieron de nuevo un campo propio para ejercer su influencia. Entonces se constituyó en jefe del *partido del orden* y de su República parlamentaria, interregno sin nombre, durante el cual las fracciones rivales de la burguesía conspiraban juntas para vencer al pueblo, á la vez que intrigaban unas contra otras con el propósito de entronizar el monarca que cada una de ellas prefería.

«A pesar de sus hipócritas homilias sobre la necesidad de libertades y su odio personal á Luis Bonaparte, que lo había hecho víctima desterrando el parlamentarismo, fuera de cuya atmósfera ficticia este hombrucillo tiene la conciencia de su completa nulidad, tomó una gran parte en todas las infamias del segundo Imperio, desde la ocupación de Roma por las tropas francesas hasta la guerra con Prusia, á la cual incitó con su furiosa invectiva contra la unidad germánica, considerándola, no desde el punto de vista del despotismo de Prusia, sino como una usurpación del derecho de Francia á mantener la desunión de Alemania.

«Aficionado á azotar la faz de Europa con la espada de Napoleón I, cuya historia escribió, su política extranjera ha sido siempre una serie de humillaciones para Francia, desde el convenio de Londres de 1841 hasta la capitulación de París de 1871 y la última guerra intestina, en la cual pudo lanzar sobre París los prisioneros de Sedan y Metz gracias á un favor especial de Bismarck. A pesar de la versatilidad de su talento y sutileza de intenciones, este hombre no ha podido salir nunca de la rutina. Es evidente que para él pasan completamente inadvertidos los movimientos que se operan en las capas bajas de la sociedad; pero cuando estos movimientos aparecen en la superficie, toda la vitalidad huye de su cerebro para pasar á su lengua. Por eso nunca se ha cansado de denunciar como un sacrilegio cualquiera modificación que se haya querido introducir en el viejo y asqueroso sistema proteccionista francés. Siendo ministro de Luis Felipe se burlaba de los ferrocarriles como de una quimera imposible de realizar; estando en la oposición, bajo el reinado de Luis Bonaparte, atacaba como si fuera una profanación cualquiera reforma que quisiera hacerse en la viciosa organización del ejército fran-

cés. En su larga carrera política nunca se ha hecho culpable de haber tomado ni propuesto ninguna medida de carácter realizable. Thiers sólo ha sido constante en su ambición de riquezas y en su odio a los que las producen.

»Habiendo entrado a ser ministro de Luis Felipe más pobre que Job, salió del Ministerio hecho un millonario. La última vez que fué ministro de aquel rey (1.º de marzo de 1840), su insaciable codicia le hizo blanco de las sátiras de la Cámara de Diputados, y él, por toda respuesta, se contentó con derramar algunas lágrimas, operación en que rivaliza con Julio Favre ó cualquier otro cocodrilo.

»La primera medida que Thiers tomó en Burdeos para salvar a Francia de la inminente ruina financiera que la amenazaba, fué la de señalarse un sueldo anual de 3 millones de francos, primera y última palabra de la *República económica* que propuso en 1869 a sus electores parisienses.

»Beslay, antiguo compañero de Thiers en la Cámara de Diputados de 1830, rico capitalista, a pesar de ser uno de los más entusiastas adictos a la *Commune* de París, le decía en un manifiesto que publicó últimamente: «La piedra fundamental de vuestra política ha sido siempre la esclavitud del trabajo por medio del dinero, y desde el momento en que habéis visto la República del trabajo instalada en el Hotel de Ville, no habéis cesado de gritar a la Francia: «¡Esos son criminales!»

»Thiers no es otra cosa que un maestro en engaños, un sabio en perfidias y traiciones; práctico en toda suerte de estratagemas, sus consejos son siempre peligrosos: cuando se halla al frente del Estado, nada le importa, ó, mejor dicho, no tiene escrúpulo alguno en provocar una revolución, con el objeto de sofocarla después a fuerza de sangre; en él el mal ocupa el lugar de las ideas; la vanidad el lugar del corazón; su vida privada es tan infame y relajada como odiosa es su vida pública; ahora mismo, en estos momentos, en que está desempeñando el papel de Sila, su ridícula vanidad le impide ocultar lo abominable de sus actos.»

## MENSAJE FRATERNAL

### AL COMITÉ NACIONAL DEL PARTIDO OBRERO FRANCÉS

Queridos correligionarios:

Los socialistas españoles, que se han declarado siempre solidarios de los que el 18 de marzo de 1871 contestaron a las provocaciones del inundo y odioso Thiers levantándose contra la burguesía francesa y constituyendo el primer Poder político de la clase trabajadora, os envían un cariñoso y fraternal saludo y conmemoran con vosotros y con cuantos desean poner término a la explotación humana aquella fecha inolvidable.

Venticuatro años han transcurrido desde entonces acá, y en ese período relativamente corto, las ideas que, en germen, defendieron los obreros de París han ganado el ánimo de millones de proletarios y tienen genuinos representantes en casi todos los Parlamentos del mundo.

¿De qué les han servido a los explotadores franceses las traiciones, las crueldades, los asesinatos y las deportaciones que realizaron para acabar con aquel movimiento emancipador y extirpar los redentores principios que en él se manifestaron? De nada.

En el interior, esto es, en Francia, de tal modo ha brotado la semilla sembrada por los comunistas, que hoy no hay centro obrero ni capital de importancia que no cuente con legiones de defensores de las doctrinas revolucionarias. Municipios, Diputaciones provinciales y Cámara de Diputados han sido invadidos por correligionarios de aquéllos, por representantes del Socialismo, que a todas horas recuerdan a la burguesía la proximidad de su fin. ¿Qué diferencia entre la Cámara de Versalles, que el *hombre-pulga* manejaba cual si fuera un rebaño de ovejas, y la Cámara actual! Allí ni un solo defensor del pueblo obrero, ni un pecho animoso capaz de gritar: ¡Viva la *Commune*! En esta 50 voces dispuestas a vitorearla a todas horas y a sostener enérgicamente, no ya las soluciones incompletas de los que han sido nuestros precursores, sino los radicales corolarios que se deducen de los principios socialistas.

En el exterior, ó sea en los demás países, se ha sentido de manera tan poderosa la influencia de la *Commune* de París y tal efecto han causado las atrocidades y crímenes de sus encarnizados enemigos, que todo el proletariado activo considera el alzamiento del pueblo parisiense como cosa propia y estima la venganza de su derrota como un deber ineludible.

He ahí la obra de los verdugos y detractores de la Revolución proletaria del 18 de marzo. Y al lado de esa obra márcase cada vez más la impotencia de la burguesía para seguir oprimiendo a los desheredados y mantener, por tanto, sus privilegios.

Aproximase, pues, la hora del desquite, y esta vez para no marrar. Contra el decrepito régimen capitalista, contra esta falsa civilización que mata de hambre al productor y alimenta espléndidamente al parásito, no se levantará solamente París, ni Francia entera, sino los explotados de todo el mundo, ansiosos de acabar con todas las tiranías y de emancipar al género humano. Y como para vencer a este inmenso ejército, a esta fuerza poderosa, no hay bastantes MacMahons, ni Gallifets, ni Vinoy, el triunfo de los

sucesores de la *Commune*, de los que han recogido su herencia, es inevitable.

Camaradas de Francia: Para cuando llegue ese instante contad con los socialistas españoles.

¡Viva la *Commune*! ¡Viva el Partido Obrero francés! ¡Viva la unión de todos los oprimidos!

Por el Comité Nacional: PASCUAL SIMAL, secretario.—PABLO IGLESIAS, presidente.

Madrid, 15 de marzo de 1896.

## PENSAMIENTOS DE MARX

La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

La sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material.

La emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político.

La emancipación de los trabajadores no es un problema únicamente local ó nacional, sino que interesa a todas las naciones civilizadas.

Los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus privilegios económicos.

La conquista del Poder político es el primer deber de la clase trabajadora.

El país más desarrollado industrialmente no hace sino mostrar a los que le siguen en la escala industrial la imagen de su propio porvenir.

La sociedad capitalista compra el descanso, la holganza de una sola clase mediante la transformación de la vida entera de las masas en tiempo de trabajo.

La producción capitalista sólo desarrolla el sistema de producción social agotando a la vez las dos fuentes de toda riqueza: la tierra y el trabajador.

El salario a destajo es la forma de salario más conveniente al sistema de producción capitalista.

Hasta ahora la historia de todas las sociedades ha sido la historia de luchas entre las clases que la componen.

Toda lucha de clases es lucha política.

La sociedad burguesa moderna ha salido de las ruinas del sistema feudal, pero no ha abolido de ningún modo el antagonismo de las clases.

La burguesía ha hecho del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta y del filósofo sus servidores asalariados.

La sociedad burguesa moderna, que ha revolucionado las condiciones de la propiedad y ha hecho surgir medios colosales de producción y de comercio, semeja al mágico que evoca los poderes de las tinieblas, pero que no puede dominarlos ni librarse de ellos cuando aparecen.

La burguesía es incapaz de gobernar, porque es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia misma como esclavos, y porque no puede ya impedir a los obreros que lleguen a una situación en la cual, en vez de ser alimentada por ellos, la burguesía se vea obligada a alimentarlos.

La civilización cuya muerte deplora el burgués es la que transforma a los hombres en máquinas.

Tan absurdo es considerar como absoluta y definitiva la actual constitución de la familia como sus constituciones oriental, griega y romana.

Los Gobiernos modernos no son ya, en realidad, otra cosa que Comités instituidos para cuidar de los negocios comunes de la clase burguesa.

La fuerza es la partera de toda sociedad en vía de alumbramiento.

La burguesía engendra por sí misma a sus propios sepultureros.

En la Revolución comunista los proletarios no tienen que perder más que sus cadenas y ganar todo un mundo.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Los trabajadores de París, con su *Commune*, serán siempre considerados como los gloriosos precursores de una nueva sociedad.

La memoria de sus mártires será cuidadosamente conservada en el gran corazón de la clase trabajadora. La Historia ha clavado ya a sus exterminadores en su eterna picota, de la que no conseguirán arrancarlos todas las oraciones de sus sacerdotes.

## NOTICIAS DEL 1.º DE MAYO

### ALEMANIA

El *Vorwaerts*, órgano central del Partido Socialista, ha dirigido un caluroso llamamiento a todos sus correligionarios para que celebren dignamente la fiesta del 1.º de mayo.

En él dice que hay que demostrar en dicho día a la clase explotadora que el Partido Socialista es más fuerte que nunca.

### ITALIA

A pesar de las persecuciones de que son objeto, los socialistas italianos dispónense a trabajar para que la Manifestación obrera de 1.º de mayo tenga allí más resonancia que los pasados años.

## SUSCRIPCION

A FAVOR

### DE LOS HUELGUISTAS DE MÁLAGA

	Pesetas.
Suma anterior.....	14.887,95
<b>Madrid.</b>	
Louro, 0,20.—F. Lucas, 0,25.—A. Dolfo A. tienza, 0,25.	
Rovira, 0,25.—Lumbreras, 0,15.—P. Iglesias, 0,50.	
R. Oyuelos, 2,50.—Morato, 0,25.....	4,35
<b>Ciudad-Rodrigo.</b>	
C. Muñoz.....	2,00
<b>Valencia.</b>	
S. Gascó.....	0,50
<b>Gijón.</b>	
M. Vigil.....	0,25
<b>Pueblo Nuevo del Mar.</b>	
J. M. Soto.....	0,50
<b>TOTAL GENERAL.....</b>	<b>14.895,55</b>

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Recomendamos a cuantos dirijan cartas al administrador se fijen en esta sección para hacer de esta manera más fácil el servicio.

Bilbao.—F. P.—Se hacen las modificaciones.	
Molina de Rey.—M. T.—Hecho el traslado.	
México.—E. R.—Recibidas 25 pesetas: 7 de su suscripción hasta fin noviembre, 1 de un ejemplar de la «Miseria», 0,20 de una «Controversia», 0,20 de una «Autonomía», 0,20 de un «Colectivismo y Revolución», 0,15 de un «Colectivismo», 2,50 para un «Capital» y 13,75 para el C. N.	
Badajoz.—C. O.—Recibida 1 peseta de su suscripción hasta fin febrero.	
Barcelona.—M. S.—Recibidas 114 pesetas: 107,50 de su cuenta, y el resto para lo que indica. Hecho lo que pedía. Remitimos un retrato de Engels.	
Castellón.—V. V.—Se sirve la nueva suscripción. Hecha la modificación.	
Ferrol.—J. L.—Recibidas 10 pesetas: 5,90 de paquetes hasta el número 467, 0,20 de un «Colectivismo y Revolución», 0,50 de un «Gritos», 0,70 de dos retratos, 0,10 de una «Ley», y el resto para lo que indica. Se sirven las nuevas suscripciones. Se manda una «Ley».	
Gijón.—M. V.—Recibidas 44,50 pesetas: 33,30 de paquetes hasta el número 469, 2 de J. F. hasta fin marzo, 1 de su suscripción hasta fin mayo, 1 de la A. S. hasta fin marzo, 2,50 de un «Capital», 0,70 de dos retratos, y el resto para lo que indica.	
Palma de Mallorca.—F. G.—Recibidas 21,05 pesetas: 19,35 de paquetes hasta el número 468, y el resto para lo que indica. Importa lo consignado de paquetes y suscripciones en este número.....	178,05
Idem por 1 «Colectivismo», 2 «Colectivismo y Revolución», 1 «Miseria», 1 «Controversia» y 1 «Autonomía».....	1,85

## BIBLIOTECA DE «EL SOCIALISTA»

	Pesetas.
El Capital, por Carlos Marx (en Madrid).....	2,00
En provincias.....	2,50
Miseria de la filosofía, por Carlos Marx.....	1,00
La autonomía y La jornada legal de ocho horas, por Pablo Lafargue.....	0,20
Colectivismo y revolución, por Julio Guesde.....	0,20
Meeting de controversia en Santander, celebrado el 15 de mayo de 1892 entre D. J. M. Coll y Puig, director de «La Vos Montañesa», y el compañero Pablo Iglesias.....	0,20
El Colectivismo, conferencia celebrada en Bruselas por Julio Guesde.....	0,15
Estatutos de la Unión General de Trabajadores.....	0,05
Leyes de reuniones públicas y de asociación.....	0,10

## RETRATO DE CARLOS MARX

Este grabado, que tiene un tamaño de 25 por 35 centímetros, se vende en la Administración de EL SOCIALISTA al precio de 30 céntimos en Madrid y 35 en provincias.

Imp. de F. Cao y D. de Val, Platería de Martínez, núm. 1.